

C. VALENCIANA / HOTEL DEL UNIVERSO

El Valle de los Pedroches

CARLOS MARZAL

Día 18/06/2011 - 10.41h

DEBO a la poesía más cosas que a ningún otro asunto: cosas tangibles e intangibles, etéreas y palpables. Por supuesto, la poesía misma, su lectura, que concede una pátina de intensidad a todo lo que vivimos sus partidarios. Pero, en no menor medida, también le debo el conocimiento de muchos amigos del oficio, y, a través de dichos amigos, la suerte de viajar a lugares que no habría descubierto de no ser por todas esas conjunciones que tienen a la poesía como eje.

Alejandro López Andrada es un estupendo escritor cordobés que vive en Villanueva del Duque, en el Valle de los Pedroches, al noroeste de la provincia de Córdoba, desde que nació en 1957 (con las lógicas interrupciones universitarias y los viajes), y que reivindica su condición de escritor rural, de poeta y narrador apegado a su tierra, a su universo afectivo, a su paisaje y a sus gentes. (Ser un buen escritor rural es la forma que tienen algunos de ser un buen escritor local, y que a su vez es el sistema de convertirse en universales hablando de lo que conocen bien. Todos somos escritores locales, incluidos los cosmopolitas y los viajeros, que practican la itinerancia localista.)

Alejandro organizó la semana pasada unas jornadas poéticas en Pozoblanco, el pueblo que para nosotros, los taurinos, posee una infausta aura mitológica, porque en su plaza, como sabe casi todo el mundo, un toro mató a Francisco Rivera, Paquirri. Yo tuve la suerte de compartir cartel con el no menos mitológico, Pablo Guerrero, el cantautor y poeta. Yo escuchaba sus discos cuando era adolescente, porque mi hermano los ponía a toda hora en casa, junto a los de Paco Ibáñez, a los de Hilario Camacho, a los de la Nova Cançó, a los de Pau Riba y Jaume Sisa. Mi educación sentimental y mi inclinación literaria debe tanto a esos cantantes como a los libros.

De manera que leer con Pablo Guerrero supone para mí un regalo del destino, una manera de cerrar el círculo de los afectos y las vocaciones. Pablo es un poeta himnico, un cantor exultante de la naturaleza, y sus textos transmiten el gusto por el milagro de vivir.

Al atardecer, después de que leyésemos y hablásemos de literatura, Alejandro López Andrada nos llevó de paseo por algunos pueblos del valle: Pedroche y Dos Torres. La dehesa se extendía hasta donde alcanzaban nuestros ojos, salpicada de encinas incontables. Allí confluyen, en el horizonte, las provincias de Córdoba, Badajoz y Ciudad Real. A los habitantes del valle les gusta sentirse suyos y de nadie, fronterizos por destino y vocación.

Sin nada que lo estorbase en su declive, el sol se demoraba entre las nubes. Sonaban las campanas de la torre de Pedroche. Los vecinos sacaban sus sillas a la puerta de sus casas. Alejandro hacía un elogio sincero de la vida apartada, de las escenas que nos deparaba el azar: un perro holgazaneaba a la sombra de una ermita, en el dintel de un palacete el granito se ofrecía en una filigrana de escudos nobiliarios; un viejo artesonado de madera y un retablo nos trasladaban al tiempo estático de otros tiempos.

Todos somos locales. Todos somos rurales. Es preciso darse cuenta y decirlo a menudo.
